

cias al triunfo que por su parte conseguía Ramírez, pues éste no sólo arrolló al enemigo que tenía en frente, sino que volvió contra él los cañones que le había tomado. La victoria, á las dos de la tarde, se decidió por Pezuela que contó entre sus trofeos catorce cañones, mil fusiles, y todo el parque del enemigo que tuvo mil quinientos hombres fuera de combate.

Pezuela, por más que quiso marchar desde luego contra Belgrano que se retiró con su derrotada gente á Macha, siempre en número mayor á Pezuela, no pudo realizarlo, y tuvo que dejar que se enfriase el efecto moral alcanzado en Vilcapugio, porque sólo hasta fines de Octubre no se encontró desembarazado de su impedimenta que lo formaban los prisioneros y los heridos. Belgrano, pues, tuvo á su favor todo el tiempo necesario para reforzarse y reorganizar su ejército.

Levantó el campo Pezuela el día 30 de Octubre, cuando era ya entrada la estación de las aguas, sin que sus soldados tuvieran más que una mala manta para resguardarse de la lluvia y de las nieves, y alimentándose con las mismas llamas que servían sus bagajes, pues en todo el tránsito no encontró gente por haber abandonado los indios sus moradas, púsose el día 11 de Noviembre á tres leguas del enemigo que ocupaba la llanura de Ayohuma, quien tenía por su frente un río, una áspera montaña á su derecha y una más suave á su izquierda.

Habíase detenido Pezuela en dicho día en la elevada montaña de Taquiri, en donde dejó á los tres días su impedimenta, bajando al encuentro de Belgrano al frente de tres mil hombres de los que eran de caballería doscientos cincuenta. Belgrano mandaba á tres mil cuatrocientos infantes, mil setecientos caballos y una multitud de indios. Tenía además diez cañones. Sólo en esta arma le aventajaba Pezuela que llevaba diez y ocho piezas.

En Ayohuma ni por un momento estuvo dudosa la victoria. Creía Belgrano que Pezuela le atacaría de frente, y el general español cayó sobre su derecha apoyando su movimiento con sus diez y ocho cañones que puso en batería. Las acertadas maniobras de la artillería fueron lo que decidieron desde un principio la victoria que fué tan completa como podía desearse, pues cayeron en poder de Pezuela ocho de los diez cañones de Belgrano, mil quinientos fusiles, ochocientos prisioneros, multitud de heridos, y en el campo quedaron setenta y cuatro oficiales y seiscientos soldados muertos.

Belgrano y Velez consiguieron, empero, salvarse, y tras ellos salió el mismo día de la batalla Ramí-

rez al frente de ochocientos hombres, tomando el camino de Potosí, Lombera salió para Chuquisaca, y Picoaga para el Cuzco y Pino, con lo que quedó disuelto ó poco menos el ejército de Pezuela, porque tras de las victorias de Vilcapugio y Ayohuma, los naturales del país y los indios se marcharon tranquilamente á sus casas para pasar una temporada, de modo que cuando más gente se necesitaba para asegurar la victoria, menos tenía Pezuela.

Por fortuna Belgrano se encontraba en peor situación todavía, pues á su derrota siguió la total desertión de su gente, y como Ramírez y Pezuela le arrojaron del Potosí y de Salta, Belgrano tuvo que retirarse al otro lado del río Pasaje en donde esperó de Buenos-Aires los refuerzos necesarios para abrir la campaña de 1814.

Llevaron las cosas en Nueva Granada, en Santa Fe y Quito un camino análogo al que habían seguido en el alto Perú.

Hemos dejado en 1812 á los federalistas ó tunjeños como se les llamaba, victoriosos y marchando en alas de la victoria sobre Santa Fe para obligar á esta ciudad á que se reuniera al Congreso de Tunja, y el orgullo de Baraza, el vencedor de Nariño, lo lograra sin combatir, pues los de Bogotá temerosos de no poder resistir, abrieron negociaciones para terminar las diferencias, pero Baraza impuso la entrega de la plaza á discreción, y esta dura exigencia decidió la continuación de la guerra.

Resueltos los cundinamarqueses ó santafecinos á resistir á todo trance, tomaron sus providencias para rechazar á Baraza, con tanto acierto, que, cuando este jefe más temerario que heroico se metió por la ciudad el 9 de Enero al frente de sus tres mil hombres, al llegar á la plaza de San Victorino fué asaltado con tan espantoso fuego, que ni aún supo acertar en la salida, pues si bien llegó á escapar dejando su banda en manos de los santafecinos, con ella quedaron también más de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, contándose entre estos el gobernador de Tunja, Niño, el diputado en el Congreso, Ordoñez y Cifuentes y además veintisiete piezas de artillería.

Esta victoria de los santafecinos hizo que cambiara el lenguaje y actitud de los federalistas, que se buscaran términos de concordia, y se llegara al fin á una avenencia, que, por otra parte, no hay duda que favoreció la apuradísima situación en que se encontraba á la sazón Bolívar, y aún el mismo Nariño acosado por las tropas leales de Sámano que había reconquistado la provincia de Popazan.

Suspendida la guerra civil por dichas causas se

elevó á Nariño al rango de Teniente general, se abolió todo lo que aún recordaba el dominio español y se procuró excitar, no sin lograrlo, el entusiasmo del país por la independencia de Nueva Granada, siendo estos ímpetus causa de que desmayara la resistencia de los leales, que consideraron perdida su causa, y de que los americanos se apoderaran al fin de Santa Marta, de cuyo gobierno se encargó el francés Labatut, y como á un tiempo entrara en el puerto de dicha ciudad la corbeta de guerra *Indagadora*, ignorante su jefe de todo lo ocurrido, cayó este buque de guerra en poder de sus enemigos, feliz captura porque á ella debió Labatut su salvación, pues los indios y zambos, que aún no comprendían que se pudiera ser desleal al rey Fernando, se arremolinaron en Mamatoco, Labatut mandó á su encuentro á su compatriota Fleury que fué terriblemente escarmentado y como regresara á Santa Marta poseído del terror pánico que le causarían los indios y zambos considerándose perdido, se hicieron prontamente á la vela con dicha corbeta, dejando parte de su gente abandonada en las fortalezas de Santa Bárbara y del Rosario, situadas á orillas del mar, que no tardaron en caer en poder de los indios y zambos mandados por el valiente Simeon,—6 de Marzo.

Quedaron con este fácil recobro de la fiel Santa Marta tan corridos los de Cartagena, que resolvieron reapoderarse de la ciudad á toda costa, enviando al efecto una expedición de ochocientos hombres mandada por el francés Chatillon, que pasaron á cuchillo los pardos mandados por Pacheco, los de San Juan de la Ciénaga dirigidos por su cura Pío Pla y los indios que mandaba Crespo.

Este desastre aseguró la reconquista de Santa Marta, pues á poco el capitán general Pérez mandó gente para presidirla, y aunque Labatut intentó el recobro, no le fué posible conseguirlo.

Consolidaron estos triunfos y los obtenidos por Sámano de tal modo la situación que á mediados de año todo parecía que había vuelto á su antiguo estado normal,—al año 1808,—habiéndose restablecido como por encanto las autoridades españolas, y vuelto á Quito el Real acuerdo que la había abandonado en 1811 para establecerse en Cuenca. Pero esta tranquilidad y sosiego duró poco, pues cabe á los últimos de 1813, Nariño entraba de nuevo en campaña, no como jefe de los centralistas, sino como jefe de los independientes como dejamos dicho.

Nariño se dirigió contra Sámano con quien quiso abrir negociaciones para llegar á un acuerdo que

ahorrara la efusión de sangre, pero Sámano se negó á escucharle, porque sólo de admitir su proposición de confidencias hubiera salido tildada su lealtad.

Debiendo, pues, hablar las armas, Nariño encargó al coronel Rodríguez que llamara la atención de Sámano hacia Cartago, mientras él con el grueso de su gente marcharía contra Popayan. Inició el movimiento el día 20 de Diciembre, dejando para su mayor celeridad toda la impedimenta en la Plata, consiguiendo el 30 ponerse al alcance de Sámano en Palace en donde obtuvo una fácil pero insignificante victoria, preludio de otra más importante, pero como todas las de esta desdichada guerra de América, indecisiva, y causa principal de su desgracia.

«El ardor de los revolucionarios no cedía por más golpes que recibiesen de las tropas realistas; jamás se ha visto mayor tesón y constancia, ni más desesperados esfuerzos que los aplicados por los revoltosos de Méjico para renacer de sus cenizas. La adversidad no les abatía, la muerte no les arredraba, las tropas del rey necesitaban, por lo tanto, de un decidido heroísmo para continuar esta mortífera lucha.» Esto que dice Torrente de los revolucionarios mejicanos es verdad de todos los revolucionarios de América, y verdad en todos sentidos lo mismo se entienda dicho, lo que dice Torrente de los americanos, que de aquellos á quien él llama realistas.

Larga y monótona sería la relación de todos los encuentros que ocurrieron durante los primeros meses de 1813 en Méjico, en los que salieron favorecidos ora los españoles ora los mejicanos, sin más consecuencias inmediatas que ir enconando una lucha que tan desastrosamente había principiado el cura de Dolores: mayor, mucha mayor importancia tiene el hecho político de la retirada del general Venegas, y de su reemplazo por el general Calleja,—4 de Marzo.

Calleja encontraba organizada la resistencia militar ó la guerra bajo un pié considerable.

En Oajaca estaba Morelos al frente de un verdadero ejército disciplinado y engreído con sus victorias; en la provincia de Valladolid, en Tlalpujagua, estaba Ignacio Rayon; sobre el camino real de Querétaro estaban los Villagranes padre é hijo; Muñiz vagaba entre Valladolid y Guadalajara, y por aquellas inmediaciones corrían también las partidas del clérigo indio Navarrete, y del doctor Cós, vicario general del ejército de la Junta.

Por el rumbo del Norte se hallaba en Zacatlan Osorno interceptando el camino de Veracruz, y

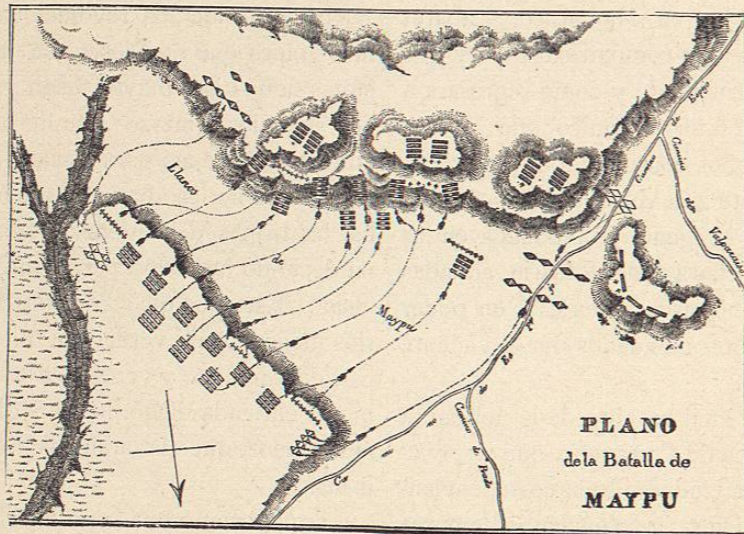


Bravo combinaba con él sus movimientos desde San Juan Cosmotapac. En Tejas estaba Gutiérrez con gente que había sacado de los Estados-Unidos.

Necesitábanse, pues, grandes fuerzas para contener y reducir tantas y tan numerosas facciones, y para impedir que el ejército de Morelos llegara por su número y solidez á poder afrontar batallas en campo raso, y el general Calleja no las tenía ni la metrópoli podía enviarlas, porque tenía todas las que pudo reunir comprometidas en dar fin á la tenaz y gloriosa guerra que sostenía con Napoleon.

Calleja no debía, pues, contar más que con su prestigio y con los leales, y aunque estos bajo las

armas, componían un total de ochenta y cuatro mil hombres, no sumando más allá de una décima parte los europeos, no se podía contar siempre con el empuje de gente que se desbarataba al menor contratiempo, y esto cuando los mejicanos podían concentrarse en grandes masas como lo hicieron este año reuniéndose Morelos con sus diez mil hombres con Rayon que llevaba ocho mil, desconcertando de esta suerte los planes de Liceaga, Verduco, Velasco, Sesma, Itúrbide y otros que les seguían los pasos. Pero tan valientes jefes no pudieron permanecer ociosos, y Calleja supo manejarlos tan bien que al principiar el mes de Agosto, no sólo no había



tenido su gente perance alguno grave, sino que había conseguido recuperar Huichapan, Tlalpujagua, Zacatlan y otros puntos de principal importancia para los mejicanos que principiaron á desmoralizarse, y hasta tal punto, que Calleja creyó de nuevo llegaba la ocasión de terminar la guerra con un perdón, pero no logró con su proclama desarmar el brazo de sus enemigos ni dar descanso á sus tropas.

Morelos, por su parte, se disponía á dar una gran batalla. Exigíasele el haberle puesto el Congreso de Méjico que acababa de nombrarle generalísimo y jefe del gobierno independiente. Morelos, pues, reunido buen golpe de gente, intentó recobrar Valladolid, á la que intimó la rendición desde las lomas de Santa María, el día 23 de Diciembre.

Apurado se hubiera encontrado al coronel Landázuri, que mandaba en Valladolid, sin el oportuno auxilio que le dió el brigadier Llanos, pues llegó á punto de tener ya empeñado Morelos el asalto de

la plaza, en donde entró aquel con vergüenza de sus enemigos, gracias á su arrojo y del de Itúrbide, que maniobró de una manera admirable.

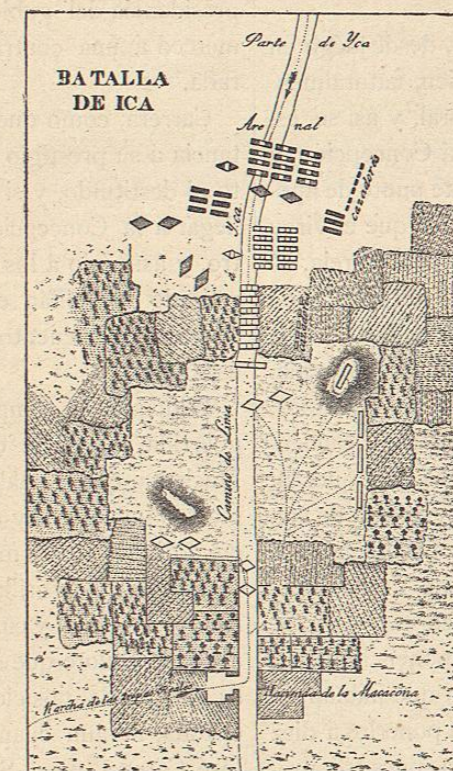
Ya dentro de Valladolid, Llanos, lo dispuso todo para atacar al siguiente día las posiciones que Morelos había tomado delante de la plaza. Batióse en este día con su natural bizarría Itúrbide, pero sin llegar á forzar las posiciones de Morelos, mas, al día siguiente, al verse atacada su gente, á pesar de la festividad del día,—Navidad,—por Claverino, cuando se consideraban seguros, se apoderó de ellos ese terror pánico tan fácil de causar en América, que dieron todos en huir sin motivo real, causándoseles en su huida gran destrozo, pues quedaron mil quinientos hombres fuera de combate, ganándoseles, además, veintisiete piezas de artillería.

Como ya hemos indicado, la guerra entró el año 1813 en Chile, con la expedición mandada por Pareja.

Todo fué bien en un principio para Pareja, que

ganó con facilidad importantes ventajas, hasta llenar de espanto á Santiago, desde la Concepción, y sin la energía de Carrera, es seguro que el brigadier pacificara el reino sin combatir. Pero Carrera, alentó á los desmayados, enardeció á los valientes, y se puso en marcha valientemente para disputar á Pareja el paso del Maule, al frente de nueve mil hombres que logró sacar bien ó mal organizados de Santiago, á los cuarenta días de saber el desembarco de Pareja, á quien se entregó, desde luégo, Valdivia.

Tan cerca se puso Carrera de Pareja, que cuando éste estaba acampado en Yervas Buenas, intentó sorprenderle, consiguiéndolo en parte, aunque con poca fortuna, pues sorprendida á su vez su gente, quedaron las pérdidas equilibradas. Sin embargo, Pareja, sufrió en este día,—28 de Abril,—una gran pérdida, y fué ésta la de su fuerza moral, pues su gente, no pudiendo creer en los descuidos y faltas militares de su jefe, creyó que todo lo ocurrido en Yervas Buenas, era obra de la traición. Tres días



después, esta desconfianza, producía sus efectos.

Pareja no pudo adivinar ni creer que la sorpresa de Yervas Buenas la hubiese llevado á cabo un puñado de hombres, y esta idea llegó á apoderarse hasta tal punto de su imaginación, que durante tres días estuvo dando vueltas y más vueltas por caminos imposibles, para huir de las imaginarias emboscadas de sus enemigos. Y como estos movimientos confusos é indecisos, llenaran de espanto á sus soldados, y en esto ocurriera la voladura de unos cajones de municiones, que costaron la vida á catorce hombres, el batallón de Valdivia dió el grito de traición, obligando á su inocente jefe Urrutia, á escapar á uña de caballo, de modo, que Pareja acabó por ver enemigos, traiciones y emboscadas en todas partes. Esto, le puso tan enfermo y

tan grave, que desde luégo se desconfió de salvarle la vida.

Carrera, que estaba en Talca, enterado de lo que ocurría en el campamento español, salió apresuradamente á su encuentro, poniéndose á su alcance, cuando ya Pareja había emprendido su retirada hacia la costa, casi en dispersión, ó por lo menos, en dispersión salió su gente de San Carlos para Chillán, al picarles la retaguardia la de Carrera. Con esto subió de punto el atolondramiento de Pareja y sus soldados, que se veían sin jefe en medio del peligro, le rogaron que él mismo se designase su sucesor, señalándose por todos al comandante del batallón de Penco, Francisco Sánchez, peligrosísimo honor que le obligó á aceptar su patriotismo y lealtad.